

## LECCIÓN DE GEOGRAFÍA

Pablo Brescia

El Pato tenía la boca un poco estirada y sus labios finos hacían una trompa. Era pecoso y caminaba con pasos largos, hundiéndose en cada huella. El Pato era un explorador. Jugaba a ser el comando de avanzada, el viajero que se interna en la selva y con el machete va abriendo camino para los que lo siguen. Imitaba a los piratas, soldados y conquistadores de las revistas y los cuentos que leía.

Sus palabras siempre se tropezaban unas con otras, intentando adelantarse al resto de los miembros del grupo. Se paraba en el banco de la plaza y, cuando nos veía venir, gritaba:

—¿Adónde hay que ir?

En cambio, parecía como si el Javi nunca se enterara de nada. Era muy flaco y tenía ojos que flotaban y parecían no ver. Nos burlábamos de él y de sus glóbulos de pescado.

—Ya te fuiste otra vez, Javi...

—No se puede con éste, nunca presta atención...

Sin embargo, después de un rato, salía de su letargo y nos podía relatar con exactitud asombrosa todas nuestras charlas. Nos escuchaba y nos dejaba entusiasmarnos; luego respiraba hondo y decía:

—Bueno, vamos bien, pero habría que pensar en esto y en esto...

A mí me decían el Temerario. Yo pensaba que en la vida había que provocar lo inesperado, fermentar las emociones y hacerlas estallar. Luego llegaría la hora de calmar a todo el mundo y decirles que todo estaba bien, que disculparan, que, bueno... no era para tanto. Yo era el que producía las ideas contra la moral y las buenas costumbres.

Nuestras aventuras que eran la sustancia de la que estábamos hechos. En el pueblo ya gozábamos de una pequeña fama y habíamos escrito los primeros capítulos de nuestra historia.

Y entonces se me ocurrió.

Debía ser mi familia. Los pobres... ¡la cara que iban a poner! Eran los especímenes perfectos. Constantemente preocupados por dónde andaba, diciéndome mil veces que me cuidara, queriéndome con la desmesura exacta para el efecto que buscábamos. Si ésta nos salía bien, podíamos retirarnos. Y es más, hasta podría decir que hubiéramos considerado madurar, hacernos adultos... no sé, crecer.

Cada uno asumió sus funciones. El Pato había hecho un examen del área del río y la encontró peligrosa y perfecta. De ida seríamos tres, y una sogá nos iba a ayudar con el tramo más difícil, aquel que estaba cerca de la corriente. De vuelta serían el Pato y el Javi, con menos peso y ya conociendo el camino. El Javi se tomó su tiempo para reflexionar y luego dijo que mejor lleváramos dos pedazos de sogá por las dudas, que había que equiparse bien porque la travesía era de varias horas. Sobre todo, dijo, debíamos asegurarnos de que yo tuviera suficientes provisiones. Dos días de aguante, con frío y sin revistas, para hacerlo más dramático, a la Robinson Crusoe. Y un día para el regreso, la vuelta del hijo pródigo, el desaparecido, a casa.

El viaje inicial había estado lleno de esperanza, de futuros donde éramos tres fantásticos héroes que se habían atrevido a todo. El rumor del agua presagiaba nuevas historias. En la cueva nos dimos un abrazo, hicimos nuestra danza ritual, pronunciamos nuestro juramento. Ellos taparon la entrada de la cueva y no volvieron la cabeza. Yo me quedé allí, tiritando de felicidad.

Durante el regreso, algunos kilómetros de selva y río que no quise ver, me imaginaba todo como en una sucesión de fotos. La caminata del Pato y del Javi, riéndose de mí y meneando la cabeza, pero celebrando por anticipado el final. Las primeras casas del pueblo. La transformación estudiada en el rostro de mis amigos. La noticia, dicha con sobriedad y calma, a sus padres. La

noticia, anunciada con congoja y desesperación, de sus padres a mis padres. El grito en el cielo. Los arreglos correspondientes. Las llamadas a los más y menos notables. La iglesia y el redoble de las campanas. El panegírico del Padre Francisco, improvisado pero a la medida de las circunstancias. Las coronas en el altar, la cruz, el templo lleno.

Mientras voy entrando al pueblo —nadie me ve, todos están donde yo, a cajón abierto, sin estar, estoy— me imagino las caras de mis padres, sentados en la primera fila del pabellón derecho, cuando yo, el muerto, el hijo del alcalde, atraviese las puertas de la iglesia y diga, como al pasar:

—¡Qué susto!, ¿no?

y gire hacia el pabellón izquierdo, donde el Pato y el Javi me harán un gesto y la expresión de sus caras será el broche de oro para un plan decididamente impecable.

Y voy entrando al pueblo, despacio, con el tiempo de mi lado, y veo la iglesia, y apuro un poco el paso, y entro y mis padres están en el pabellón de la izquierda, y veo a los padres del Pato y del Javi en el de la derecha, y ellos no están, no están, y miro hacia el frente y veo dos ataúdes, no uno, dos ataúdes, no uno...

¿Qué importa lo que pasó o cómo fue?

Tirado en mi cama, mirando al techo e intentando retener alguna memoria, me reprocho la falla del plan. Esos cuerpos no debían estar ahí. Y de repente me doy cuenta de que la idea era perfecta, en realidad. Estos hijos de la gran puta subieron la apuesta, me sacaron del medio y sólo ellos entraron por la puerta grande. Hago un esfuerzo por recordar bien sus caras o por decirme algo a mí mismo, algo que yo pueda agregar a lo acontecido, mi contribución. Pero no hay caso; yo ya estoy afuera y la historia no contempla que el triunfo de mis amigos fuera mi derrota.